

LA TRADICIÓN ANTIGUA DEL TEXTO VIRGILIANO:  
NOTAS ACERCA DE ALGUNAS HIPÓTESIS RECIENTES

La tradición antigua del texto de Virgilio es probablemente, en el campo de la literatura latina clásica, la que ha suscitado en los últimos años una mayor controversia, tanto a causa de su propia dificultad (debida, sobre todo, al frecuente y notable contraste entre variantes de una tradición directa de excepcional antigüedad y variantes de una muy rica —y también antigua— tradición indirecta) como del vivo debate que despertó en su día la importante contribución de J. E. G. Zetzel (*Latin textual criticism in Antiquity*, Salem 1984 [Nueva York, 1981]), muy especialmente a raíz de la respuesta a la misma por parte de S. Timpanaro en *Per la storia della filologia virgiliana antica*, Roma 1986 (y, ya con carácter póstumo, en *Virgilianisti antichi e tradizione indiretta*, Florencia 2001). Nuestro propósito es el de mostrar algunas de las dificultades que, a nuestro juicio, sigue ofreciendo la tradición textual virgiliana, a pesar del detallado y riguroso examen a que se ha visto sometida en los últimos años, como acabamos de indicar, sirviéndonos para el desarrollo de nuestra discusión, como guía o contrapunto, de la publicación —relativamente reciente aún— de la monografía *Itur in antiquam silvam. Un estudio sobre la tradición antigua del texto de Virgilio*, Frankfurt am Main - Berlín-Berna-Bruselas-Nueva York-Oxford-Viena 2001, a cargo de Javier Velaza, quien la presenta como una nueva hipótesis en torno a tan complejo corpus.

J. Velaza comenzaba por reconocer los límites de su contribución al tema<sup>1</sup> y por advertir que sólo se proponía ofrecer

<sup>1</sup> *Itur*, 10: “tampoco aportamos datos novedosos desconocidos para la crítica anterior que puedan modificar de manera sensible el *status* de la problemática”.

una “hipótesis de conjunto” como resultado de “combinar de una manera distinta” los datos ya existentes. Esta hipótesis general —que no nos consta haya sido hasta el momento objeto de atención por parte de la crítica— aparece representada bajo forma de esquema<sup>2</sup> y se basa en hacer depender un supuesto arquetipo del texto virgiliano (un ejemplar de los siglos II-III) de una también supuesta edición antigua, que se habría elaborado entre mediados del siglo I y mediados del siglo II d. C. La obra de Velaza manifiesta opinión, por tanto, sobre algunos problemas esenciales de la transmisión virgiliana, y a menudo en la línea —como el autor reconoce— ya apuntada por estudiosos anteriores.

El autor suscribe la hipótesis —formulada última y convencidamente por Courtney<sup>3</sup>— de la existencia de un arquetipo virgiliano, al que remontaría el texto de nuestros códices tardoantiguos, frente a la opinión de estudiosos como Timpanaro o Geymonat (según se recuerda en pp. 26, n. 82, y 35, n. 114, respectivamente<sup>4</sup>). Tales códices, nuestros *vetustissimi*, no derivarían pues —*recta via*, según denominación ya usual— de la edición de Vario<sup>5</sup>, sino directamente —entendemos, ya que

<sup>2</sup> *Itur*, 77.

<sup>3</sup> Cf. E. Courtney, “The formation of the text of Vergil”, *BICS* 28, 1981, 13-29, y, de nuevo, en “The formation of the text of Vergil - again”, *BICS* 46, 2002-2003, 189-94.

<sup>4</sup> Para la opinión de Geymonat cabría citar, asimismo, “codici”, en F. Della Corte (ed.), *Enciclopedia Virgiliana*, I, Roma 1984, 831-8, en 832.

<sup>5</sup> Cf. G. Pasquali, *Storia della tradizione e critica del testo*, 2ª ed., Florencia 1962 (1952, 1ª ed. 1934), XV, 21, G. B. Alberti, *Problemi di critica testuale*, Florencia 1979, 15 (“Da ultimo restano da prendere in considerazione le tradizioni manoscritte immuni da vere e proprie corrottele e risalenti *recta via* ad antichi esemplari o all'originale stesso. Quest'ultimo è il caso, probabilmente, di Virgilio, nonostante le riserve di carattere generale del Maas ed i tentativi di dimostrare il contrario da parte di alcuni studiosi”; el pasaje alude probablemente al capítulo 14 de la *Textkritik*, de carácter mucho más expeditivo de lo que Alberti sugiere y elaborado desde una convicción metodológica que jamás nos atreveríamos a calificar —en el caso de Maas— como “naïf”, según hace J. Velaza, *La historia del texto de Terencio en la Antigüedad*, Barcelona 2007, 50), Geymonat, “codici”, 832, “The transmission of Virgil's works in Antiquity and the Middle Ages”, en N. Horsfall (ed.), *A companion to the study of Virgil*, 2ª ed. rev., Leiden - Boston - Colonia 2001 (1ª ed. 1995), 293-312, en 298.

no se sugiere otra posibilidad teórica— del citado arquetipo<sup>6</sup>. Con tal fin, Velaza aduce como prueba una serie de supuestos *errores coniunctivi* que considera especialmente relevantes “por su calidad”, en número de ocho<sup>7</sup>; en 35, n. 112, da la referencia de otros veintisiete posibles casos<sup>8</sup>.

Dicho arquetipo o “antecesor común” —según la terminología preferida en pp. 35-36— sería un manuscrito con una serie de características concretas, en parte ya apuntadas en su día por Ribbeck<sup>9</sup>:

- ofrecería un formato *codex* (p. 44),
- se dataría entre los siglos II y III (pp. 44, 54, 76),
- estaría escrito en letra “cursiva antigua” (pp. 41, 76), según sugerirían las confusiones entre R/A, P/R, P/T y R/T (pp. 42-43), así como entre B “à panse à gauche”/D (p. 43),
- podría haber contenido miniaturas (pp. 15 y n. 17, 44),
- podría haber estado provisto de abundantes variantes (interpolaciones, conjeturas, etc.), contenidas en la interlínea preferentemente (pp. 52-54, 71), y haberse encontrado ya deteriorado en parte cuando servía como modelo para la transcripción (a posibles daños materiales en algún hiparquetipo aludía también Courtney<sup>10</sup>, a fin de explicar, por ejemplo, determinadas transposiciones de versos),

<sup>6</sup> Que se trata de un antecesor directo o antígrafo parece desprenderse por ejemplo del análisis de *Aen.* 2.164 que se observa en Courtney, “The formation”, 26, Velaza, *Itur*, 33-34 y Courtney, “The formation... again”, 190-1 (se trataría de “a splendid volume”, “a prestigious book”; cf. asimismo “The formation”, 26).

<sup>7</sup> *Itur*, 26-34.

<sup>8</sup> Al menos dos de ellos ya descartados en su día —al considerarlos como no significativos— por el propio Courtney, “The formation”, 15: *Aen.* 4.98 y 9.464; Velaza estima que las supuestas transposiciones, adiciones y omisiones de versos sobre las que el mencionado autor fundaba buena parte de su hipótesis deben juzgarse de forma diferente y quedar aparte, “puesto que [...] su existencia podría remontar a época muy antigua” (*ib.*), y lo mismo entiende respecto a once ejemplos con posibles problemas métricos que también señala en el lugar antes mencionado.

<sup>9</sup> Cf. pp. 39, 41.

<sup>10</sup> “The formation”, 17.

—contendría ya el texto de *Bucólicas*, *Geórgicas* (obras que no consta editase o reuniese Vario: pp. 24, 73) y *Eneida*, es decir, el canon virgiliano, establecido por Probo<sup>11</sup> o, en cualquier caso, por el editor anónimo que Velaza postula<sup>12</sup>.

Velaza defiende que ese hipotético arquetipo derivaría de una “edición” —entendida como texto elaborado de manera sustancial por un erudito— que cabría situar entre el 60 y el 150 d. C. y que considera no puede atribuirse con certeza al gramático Marco Valerio Probo, si bien su autoría se sugiere como posible, entre interrogantes, en el esquema de p. 77.

Sostiene, además, que la tradición que ofrecen nuestros códices tardoantiguos<sup>13</sup> es testimonio de la actividad de gramáticos y comentaristas (pp. 40, 47-48, 56): “nuestros *codices antiquissimi* pertenecen todos ellos a la vertiente ‘docta’ de la tradición” (p. 47), a la que Geymonat contraponía los “libri di massa”<sup>14</sup>.

Al hilo de estas cuestiones, el autor aborda la discusión somera de varios lugares del texto virgiliano. Esto le lleva en ocasiones a tener que valorar también el testimonio de la tradición indirecta, el cual —de enorme amplitud y trascendental importancia para el caso de Virgilio— no puede ser aquí objeto de un mínimo debate. Nadie niega en la actualidad que el recurso a dicha tradición indirecta es, en determinadas ocasiones, imprescindible para restituir un texto virgiliano más genuino que el que permiten reconstruir los códices, y todos los editores han actuado en

<sup>11</sup> Cf. M. Geymonat, “La problematica ecdotica del testo”, en F. Della Corte (ed.), *Enciclopedia Virgiliana*, II, Roma 1985, 286-96, s. v. “Eneide”, en 291.

<sup>12</sup> Cf. *Itur*, 68, n. 223, 69, 70, n. 230 y 76. Cf., sin embargo, Horsfall *ap.* Geymonat, “The transmission”, 301, n. 34: “[...] it is not certain that P.’s role was decisive in the definition of the corpus”. Por otra parte, Velaza sugiere que el arquetipo mencionado podría haberse copiado —al menos en parte— al dictado (*Itur*, 28, a propósito de *Aen.* 10.366: “quizás como efecto del proceso de dictado”), salvo que el autor se esté refiriendo más bien a un “dictado interior”, de carácter individual, y no en el que permitía la transcripción de varios ejemplares simultáneamente.

<sup>13</sup> Sobre cuya datación más precisa cf. últimamente N. Horsfall, *Virgil, Aeneid 7. A commentary*, Leiden-Boston-Colonia 2000, XXX-XXXI.

<sup>14</sup> Cf. “La problematica”, 292.

consonancia con esta necesidad. Pero la elección entre variantes de tradición directa e indirecta resulta difícil con frecuencia, y, dado que a menudo parece imposible “demostrar” la corrección de una variante determinada, la mera preferencia del filólogo no debería quizá plantearse como exenta de dudas<sup>15</sup>. Nos parece llamativo, en este sentido, que el autor —conocedor de la reseña de H. D. Jocelyn a S. Timpanaro<sup>16</sup>, según se desprende de la bibliografía final— no entre a valorar un pasaje importante que menciona en su trabajo (57) y que goza de cierto refrendo reciente gracias —de forma excepcional— al descubrimiento de nuevos datos: en *Aen.* 12.120 debe editarse —casi ya con seguridad— *limo* (y no *lino*), como defendía Higino, a la vista del significativo testimonio contenido en la *Lex Irnitana* publicada por J. González en 1986 y que aún llegó a apreciar, con justicia, Timpanaro en su última contribución<sup>17</sup>.

No vamos a distinguir aquí, a efectos de transmisión textual, entre *Bucólicas* y *Geórgicas* por un lado y *Eneida* por otro, pese a la diferencia sustancial que entraña el hecho de que esta última obra quedase —según suele admitirse— sin la aprobación final de su autor<sup>18</sup> y se publicase con posterioridad a su muerte; creemos que la transmisión de las tres obras pudo ser —y seguramente fue— conjunta desde muy antiguo y que, en cualquier caso, las tres estuvieron expuestas desde su misma divulgación a muy similares accidentes. También queremos advertir que, cuando nuestra reflexión se refiere a *Eneida*, se considera esta obra en su conjunto, en espera aún de que lleguen a definirse de manera concreta las posibles diferencias de transmisión que experimentaron unos libros frente a otros, hipótesis sugerida

<sup>15</sup> Como Velaza parece hacer por ejemplo en el famoso caso de *ecl.* 4.62, en *Itur*, 33, mientras que, más cauto, elude el expresar su opinión sobre otros pasajes.

<sup>16</sup> “*Per la storia...*”, *Gnomon* 60, 1988, 199-202.

<sup>17</sup> Cf. *Virgilianisti antichi*, 16 y 155, n. 238.

<sup>18</sup> Al problema que suscitan las posibles variantes de autor se refiere Velaza como hipótesis “de dudosa legitimidad”, en *Itur*, 23-4, n. 75; no se ofrece opinión decantada acerca de la espinosa cuestión de los *versus trunci*.

en su día —y luego desestimada— por Pasquali<sup>19</sup> y retomada recientemente por Horsfall<sup>20</sup>, pero aún pendiente de maduración y, según creemos, quizá incluso indemostrable por el momento (al menos sobre la única base del número de errores que ofrecen unos libros frente a otros).

Expondremos ahora algunas de las reticencias que nos suscitan las opiniones centrales del libro de Velaza, muy relacionadas entre sí, de acuerdo básicamente con el orden antes señalado (la cuestión del arquetipo, la supuesta edición de c. 60-150 d. C. y el carácter del testimonio directo tardoantiguo).

La cuestión del arquetipo en la tradición virgiliana ha sido muy discutida en la bibliografía desde hace décadas, pero sin llegarse a una conclusión clara, de modo que hasta un prudente y “convencido estemático” como Reynolds se abstuvo de intervenir en ella en el lugar más esperado<sup>21</sup>. Para demostrar su existencia —tras las tentativas de Ribbeck, Leo o Funaioli— Courtney (a quien, como ya se ha dicho, sigue Velaza en este punto) partía del análisis de dos grandes tipos de errores (los de transposición, adición u omisión de versos y, por otro lado, los de carácter verbal) en un buen número de pasajes virgilianos en los que la coincidencia de los códices tardoantiguos conservados (testimonio de MPR por lo general) sugiere ese origen común. Llegaba a la conclusión de que “our text must go back to a single source other than the author’s autograph”<sup>22</sup>, opinión que contrastaba con la extravagante —pero arraigada— hipótesis de Pasquali acerca de la

<sup>19</sup> Cf. *Storia della tradizione*, 21; cf. Velaza, *Itur*, 23, n. 74, 24, Timpanaro, *Per la storia*, 181, n. 7, *Virgilianisti antichi*, 6, n. 10.

<sup>20</sup> Cf. N. Horsfall, *Virgil, Aeneid 11. A commentary*, Leiden-Boston 2003, XVII-XVIII (donde se apunta, tras atribuir una peor transmisión a *Aen.* 3 y 10: “That might depend upon the various copyists used by the poet himself, or by Varius and could also be influenced by variations in the degrees of difficulty in lexicon, grammar, idiom, etc. adopted by the poet”) y *Virgil, Aeneid 3. A commentary*, Leiden-Boston 2006, XLII.

<sup>21</sup> L. D. Reynolds, *Texts and transmission. A survey of the Latin classics*, ed. corr., Oxford 1986 (1983), 433-6.

<sup>22</sup> “The formation”, 24.

*recta via*, antes mencionada<sup>23</sup>. No es éste el lugar para valorar el método y las conclusiones de Courtney. En general, consideramos que sus argumentos son de valor muy desigual, incluso tras su actualización y desarrollo de 2002-2003, en “The formation... again”: unos cuantos ejemplos podrían llegar a considerarse a favor de su tesis (entendida en su expresión más elemental: posible origen común, en un mismo antígrafo, de los códices tardoantiguos conservados), pero otros muchos pasan por tener que aceptar la sospecha o propuesta textual del propio Courtney respecto a los mismos, cuando editores no menos respetables han aceptado con frecuencia soluciones distintas de las suyas<sup>24</sup>. En cualquier caso, afirmaríamos como balance, con Horsfall<sup>25</sup> y el propio Courtney, que dichos argumentos sólo han recibido hasta ahora una descalificación genérica —y no “explicit answer”— por parte de sus detractores, atención que algún día recibirá sin duda su propuesta, como proveniente de un filólogo tan admirado en nuestros estudios.

Velaza considera correcta la deducción última de Courtney y selecciona una serie de ejemplos que, en su opinión, la demuestran. La fuerza probatoria de los ocho errores que Velaza señala como presentes en el supuesto arquetipo —siempre “verbales”, según la terminología de Courtney— puede ser objeto de muy diversa consideración<sup>26</sup>:

1. *Aen.* 7.740 (*Abellae ‘alii’ ap. Serv.: Bellae codd., Serv.*): el topónimo *Bellae* suele considerarse variante errónea, pese a su aceptación por parte de Ribbeck y Rehm<sup>27</sup>; Courtney no recoge el

<sup>23</sup> De ella también se distanciaba ya un tanto el propio Geymonat en “La problematica”, 291-2, al proponer la posibilidad de que existiese un “producto” ecléctico posterior a Vario, fruto de la intervención de gramáticos y literatos de los últimos siglos del Imperio.

<sup>24</sup> Quizá en este sentido consideraba Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 6, n. 10, que dicho estudioso había “gonfiato’ artificiosamente il proprio elenco”.

<sup>25</sup> *Virgil*, *Aeneid* 7, XXVII.

<sup>26</sup> Citamos el texto virgiliano por el aparato de Mynors.

<sup>27</sup> Cf. F. Castagnoli, “Avella”, *Enciclopedia Virgiliana*, I, Roma 1984, 429, Horsfall, *Virgil*, *Aeneid* 7, 483.

posible ejemplo en su repertorio; según Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 6, n. 10, se incluiría entre las “banalizzazioni o sviste diffuse per collazione con grande facilità”, es decir, entre las variantes surgidas por contaminación<sup>28</sup>.

2. *Aen.* 10.366 (aquis *Madvig*: quos *P*: quis *ceteri*): el texto podría resultar insatisfactorio aun aceptándose la conjetura de *Madvig*, constituyendo así “a genuine crux”<sup>29</sup>.

3. *georg.* 4.148 (me *codd. b et h correctores fere aequales (ita Col. X 5): om. ceteri* [commemoranda *cdt*): según señalaba Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 5, n. 10, “manca R, e l’aplografia di *me* potrebb’essere poligenetica” (delante de *memoranda*; el texto sólo se atestigua en M y P).

4. *Aen.* 3.464 (ac secto *Schaper, coll. Hom. Od. XVIII 196 et XIX 564*: sectoque *codd., Gramm., Serv.*): falta también el testimonio de R, y la lectura de los códices ha parecido a algunos editores aceptable pese a su excepcionalidad métrica<sup>30</sup>.

5. *Aen.* 10.834 (levabat  $\omega$ , *Serv.*: lavabat *MPRae, utrumque Tib.*): se incluiría también entre las “banalizzazioni o sviste diffuse per collazione con grande facilità” según Timpanaro<sup>31</sup>; la variante sólo es, en realidad, una lección aparentemente preferible, según se deduce de Harrison, *Virgil*, *Aeneid* 10, 270: *levabat* es “better than the majority reading *lavabat*, an unprepossessing anticlimax which unlike *levabat* adds little [...]”; como bien recuerda Velaza<sup>32</sup>, no es lugar considerado por Courtney.

6. *Aen.* 10.705 (Paris *Bentley*: creat  $M^2PR\omega$  [crepat  $M^1$ ], *Serv.*): en defensa de la conjetura de Bentley, cf. Harrison, *Virgil*, *Aeneid* 10, 239, Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 6, n. 10.

<sup>28</sup> Procedimiento que también Velaza reconoce como posible causa para ciertos casos: *Itur*, 22, 71.

<sup>29</sup> Según señala S. J. Harrison, *Virgil*, *Aeneid* 10, Oxford 1991, 168, y corrobora el propio Courtney, “The formation... again”, 193; J. M. Trappes-Lomax, “Virgil, *Aeneid* 10.366-7”, *CQ* 55, 2005, 315-7, ha propuesto la atésis de los versos 366 y 367.

<sup>30</sup> Con paralelos muy escasos y sólo en parte comparables, como también ha indicado Horsfall, *Virgil*, *Aeneid* 3, 337-38; *georg.* 1.279 nos parece libre, en cualquier caso, de los “graves problemas textuales” —de transmisión, entendemos— a los que alude Velaza (*Itur*, 30).

<sup>31</sup> *Virgilianisti antichi*, 6, n. 10.

<sup>32</sup> *Itur*, 30, n. 103.

7. *ecl.* 4.62 (qui *Quint. IX* 3, 8: cui *PR*ω, *Serv.*, *Quintilianian* *codd.* [corr. *Politianus*] *parenti Schrader*: *parentes codd.*): falta el testimonio de M, y no es evidente que PR ofrezcan variante errónea<sup>33</sup>.

8. *Aen.* 2.164 (*scelerumque*: *scelerum V*): falta el testimonio de R; según Timpanaro, “vera e propria omissione di *-que* c’è solo in V, si può comunque pensare a trasmissione orizzontale della lieve omissione [...]”<sup>34</sup>

Timpanaro se sintió en la necesidad de descartar algunos otros casos que Velaza no incluye en su lista, que es la que aquí nos limitamos a considerar, para reafirmar su conclusión de que ninguno de tales “errores” obliga a postular un arquetipo, ya sea por no ser significativos, por haber podido transmitirse por contaminación “a macchia d’olio”, por ser “tolerables” o incluso inexistentes en realidad: *ecl.* 8.107 (*Hylax / Hylas*), *Aen.* 6.20 (*Androgeo / Androgei*), 34 (no 36, como por error indica Timpanaro: *perlegerent / pelligerent*), 383 (*terra / terrae*), 9.486 (no 386, como por error se indica: *tua funere / tua funera*), 657 (*aspectus / aspectu*), 10.546 (*ferro / terrae* Jasper, in textu Harrison), 11.243 (*Diomedem / Diomedem*), etc<sup>35</sup>. Tampoco es éste el lugar para discutir el criterio del eminente y recordado filólogo italiano; baste decir, por el momento, que la posibilidad de poligénesis en el error puede a veces ser objeto de una consideración abusiva<sup>36</sup> y, sobre todo, que hay que preguntarse con rigor, por ejemplo, si cabe suponer en una transmisión como la virgiliana que una clara banalización (voluntaria, en principio) o una clara falta (involuntaria) se haya hecho penetrar por contaminación en todos los códices de una tradición supuestamente culta en lo esencial, si no “docta” (caso, por ejemplo, de *Aen.* 7.740 y quizá de 10.834). Esta última reserva —de toda evidencia— ha sido justamente señalada por Courtney, a propósito de la explicación de Timpanaro para *Aen.* 2.164: “This is *not* the way in which horizontal transmission works”<sup>37</sup>.

<sup>33</sup> Cf. Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 10, n. 21.

<sup>34</sup> *Virgilianisti antichi*, 6, n. 10.

<sup>35</sup> Cf. *Virgilianisti antichi*, 5-6, n. 10.

<sup>36</sup> Cf. Funaioli, *ap.* Velaza, *Itur*, 56.

<sup>37</sup> “The formation... again”, 190.

Al margen, pues, de la hipótesis de Courtney y de su pretendida refutación por parte de Timpanaro, creemos que el pequeño número de ejemplos seleccionados por Velaza es —máxime si se considera la amplitud del corpus considerado— muy insuficiente, y que, si bien es cierto que un solo error significativo —de carácter irrefutable— podría bastar en teoría para demostrar la existencia de un arquetipo, éstos deben darse (en ausencia de tal prueba, según suele ocurrir) en “a certain number”, como bien señalaba Courtney<sup>38</sup>. Es muy posible que, en buen método, los ejemplos 2, 3, 4, 7 y 8 deban directamente dejarse a un lado, al faltar —o diferir en cierta medida— testigos esenciales; 1 y 6 no son considerados errores por algunos editores (al igual que 4 y 7, ya citados); el ejemplo 5 sólo contrapone una variante que resulta literariamente inferior a otra... Por otra parte, los casos señalados son también —aun aceptándose— de peso muy relativo y, según creemos, no tan significativos como Velaza estima, de modo que no pueden considerarse en absoluto —desde un punto de vista metodológico, atendiendo a una ya sólida tradición filológica en teoría estemática— como claros indicadores de un modelo común. Mucho menos puede suponerse, desde luego, que lo sean del arquetipo de una tradición tan dilatada y compleja como la virgiliana, sobre todo cuando se omite cualquier consideración sobre la extensa y difícil —ipero insoslayable!— tradición medieval conservada.

A continuación Velaza se ocupa, en apoyo de su tesis, de una serie de errores también presentes en los códices tardoantiguos y de origen supuestamente paleográfico, propios —según su interpretación— de la “cursiva antigua”<sup>39</sup>. Las reservas que éstos nos suscitan son también notables: son muy escasos, no son comunes sino que ofrecen una distribución irregular en los manuscritos (nunca parece darse coincidencia entre dos o más) y,

<sup>38</sup> Cf. “The formation... again”, 190. Hay que recordar que un elenco de sólo diecinueve errores se ha propuesto, por ejemplo, para el arquetipo de Lucrecio (Alberti, *Problemi*, 60), y en gran parte banales, pero que, en su conjunto y en esa tradición, hacen verosímil la propuesta de un arquetipo.

<sup>39</sup> Cf. *Itur*, 42-3.

en ocasiones, podrían atribuirse asimismo a otras causas<sup>40</sup>, como el propio autor sugiere a propósito de *Aen.* 3.689: *Tharsum* R<sup>41</sup>; así por ejemplo, en *georg.* 3.481, *tabula* R (por *pabula*) podría ser mera anticipación del *tabo* que sigue inmediatamente<sup>42</sup>.

La confusión B/D tampoco nos parece que pueda definirse en propiedad como “común a los códigos principales”<sup>43</sup>, sino que ofrece también una distribución heterogénea (de diez ejemplos señalados, cuatro aparecen en R, tres en P, dos en M y uno en F). Por lo demás,

-*Aen.* 11.786: *arbor* P (por *ardor*, “admirable instance of abstract for concrete”, según acertada definición de Horsfall<sup>44</sup>) podría deberse a asociación psicológica, tras *pineus*, si bien arguye bastante en contra el género femenino de *arbor*,

-*adesse* / *abesse* (*Aen.* 8.656), como *abstulit* / *adstulit* (*ecl.* 8.41) y otros tantos ejemplos, puede deberse a mera confusión de prefijos, muy frecuente y de origen no necesariamente gráfico; lo mismo sirve para el *ad usque* de R en *Aen.* 7.289, frente a *ab usque*<sup>45</sup>,

-*georg.* 2.60: *avidus* M (por *avibus*) es quizá explicable como mera asociación psicológica tras *turpis*.

No tratamos de descartar la posibilidad de que existiera un arquetipo en cursiva<sup>46</sup>, aunque nos parezca algo muy poco probable, sino de señalar que su determinación, sobre la exigua base de las variantes seleccionadas por Velaza, carece de fundamento

<sup>40</sup> Al respecto y en general cf. Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 9, n. 19.

<sup>41</sup> Con lo cual queda un solo ejemplo más de R, dentro de la serie de cinco, y también en nombre propio: *Parii* / *Rarii* R, en *georg.* 3.34; cf. p. 43, a propósito de *Aen.* 7.734: *Sebethide* / *Sedethide* R.

<sup>42</sup> Cf. *Iter*, 42. En el caso de *Aen.* 4.5 no coincide la información de Velaza con la que ofrece Pease en su aparato (*verbor* F, *verba* F<sup>1</sup>), de modo que nos resulta difícil valorar.

<sup>43</sup> *Itur*, 43.

<sup>44</sup> Cf. *Virgil*, *Aeneid* 11, 421.

<sup>45</sup> Cf. *Aen.* 11.262, Horsfall, *Virgil*, *Aeneid* 7, 205, así como *Aen.* 4.106, 9.380, Timpanaro, *Per la storia*, 169-70, *Virgilianisti antichi*, 125-6.

<sup>46</sup> A una posible semicursiva en el autógrafa de P se refería ya por ejemplo, tras Marichal, Geymonat, “codici”, 834, “The transmission”, 306.

suficiente (y cabría establecer comparación, en este sentido, con las que se consideran mínimamente necesarias, por ejemplo, para postular una transliteración cualquiera en el ámbito de los textos latinos clásicos). A ello debe añadirse, por supuesto, que errores por mala interpretación de cursiva pudieron producirse durante un amplísimo periodo de tiempo, mucho antes de la confección del arquetipo supuesto<sup>47</sup>, que algunos de los errores señalados no son siempre privativos de ese tipo de letra y que tampoco cabe excluir en ocasiones un origen más bien fónico, una confusión auditiva. Por otra parte, no debe olvidarse a este respecto que nuestros códices tardoantiguos son siempre códices en mayúscula<sup>48</sup>; la observación de Mallon recogida por Velaza<sup>49</sup>, sobre la posibilidad de que estos manuscritos sean copia directa de ejemplares en escritura “très cursive”, no nos parece más probable que otras posibles hipótesis, sino más bien lo contrario, máxime si debe imaginarse que semejante transcripción —de una notable complejidad técnica— tuvo que correr a cargo precisamente de los copistas de estos códices en mayúscula, escribas profesionales e incapaces seguramente de desarrollar una mínima “reflexión” textual al hilo de su copia, a menudo plagada de incurias gráficas<sup>50</sup>.

No nos parecen, pues, suficientes los indicios objetivos que se desprenden de los datos seleccionados por Velaza. No creemos que éstos remitan al arquetipo de la tradición virgiliana, en la medida en que éste, como deducción metodológica, resulta imaginable (y queda por ver si remiten a un simple modelo común a nuestros códices tardoantiguos, frente a lo que nos inclinamos a pensar). No lo autorizan así ni los datos que se consideran ni el propio método utilizado, que no se apoya en una hipótesis

<sup>47</sup> Cf. Geymonat, “La problematica”, 294.

<sup>48</sup> “Capital script perhaps more suited to slabs of stone than to parchment books”, según Geymonat, “The transmission”, 304; cf. asimismo Horsfall, *Virgil*, Aeneid 7, XXX, tras Reynolds, *Texts and transmission*, 433.

<sup>49</sup> Cf. *Itur*, 45, n. 142.

<sup>50</sup> Distinto es el caso, obviamente, de sus esporádicos correctores, no siempre consagrados en exclusiva al texto de Virgilio; así, por ejemplo, en el caso de Turcio Rufio Aproniano Asterio, revisor del Mediceo, quien se ocupó también de editar el *Paschale carmen* de Sedulio, como es sabido.

codicológica que podamos considerar verosímil. En ausencia de datos fiables, paleográficos o de otro carácter, no cabe determinar con un mínimo rigor ni la fecha aproximada de ese supuesto arquetipo (Velaza estima que no dataría de principios del siglo IV —como, por mera deducción, proponía Courtney<sup>51</sup>— sino que debe situarse unos cien años antes, entre los siglos II y III), ni sus características. Mucho menos cabe deducir que estuviera provisto de miniaturas y que fuera una edición “de tipo alejandrino” con variantes interlineales<sup>52</sup>; por el contrario, nos parece más bien que un producto librario como el que se sugiere (es decir: miniado y “de lujo”, pero perteneciente al mismo tiempo a la tradición “docta”...) es bastante anómalo desde el punto de vista codicológico y cultural, también en el momento histórico en que el autor opta por situarlo.

Es obvio que defender la existencia de un arquetipo en la tradición virgiliana no obliga a suponer la supuesta conservación de ese solo manuscrito de la obra de Virgilio en plena Antigüedad tardía, como casi paródicamente plantearon Geymonat o Timpanaro<sup>53</sup>. Así lo excluye también Velaza<sup>54</sup> y en tal sentido se ha defendido Courtney con plena razón y justicia<sup>55</sup>. Sin embargo, los defensores de un “arquetipo” tardoantiguo tampoco se han atrevido quizá a extraer claramente las consecuencias de ello y a afirmar que toda nuestra tradición manuscrita debería hacerse depender, en principio, del texto de ese solo manuscrito; así, el propio Courtney (*ib.*) ha admitido que pudieron pervivir descendientes de otras recensiones: “I do not deny that texts derived from other exemplars were in circulation, though their descendants have been heavily contaminated by the readings of the prestige texts and rarely preserve superior readings”. Tal posibilidad es evidente, de puro probable, pero en cierto modo excluye también, en nuestra opinión, un “arquetipo” —*recto sensu*— como el supuesto.

<sup>51</sup> Cf. “The formation”, 26.

<sup>52</sup> Cf. al respecto Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 4, n. 7.

<sup>53</sup> Cf. Geymonat, “The transmission”, 298, n. 22 y Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 6, n. 10.

<sup>54</sup> Cf. *Itur*, 39, al igual que en *La historia*, 49.

<sup>55</sup> Cf. “The formation... again”, 191.

Una cosa es, en fin, que no pueda definirse con claridad, a la vista de nuestros testigos principales, un arquetipo del texto virgiliano y otra muy distinta que éste no haya existido nunca o que no deba postularse en modo alguno. Es posible que ni siquiera la desestimación de todos los supuestos errores conjuntivos señalados por Courtney en sus dos contribuciones nos exima de tener que proponer —a efectos metodológicos y pese a la excepcionalidad de la historia del texto virgiliano, bien señalada por Velaza<sup>56</sup>— la existencia de ese manuscrito. De un modo similar al que nos lleva a considerar el ejemplar elaborado por Aristófanes de Bizancio como “arquetipo” de una determinada tragedia de Eurípides, cabría en principio considerar como “arquetipo” de nuestra tradición virgiliana (al menos para *Eneida*) el “ejemplar oficial” de Vario del 17 a. C., elaborado sobre la base del propio ὑπομνηματικόν virgiliano (inacabado e “inédito” en el caso de *Eneida*, según la *communis opinio*, pace O. Zwierlein<sup>57</sup>), libre en principio de dudas o “variantes de autor” y de interpolaciones, “prototipo” en disposición de verse rápidamente difundido<sup>58</sup> y que podría haber desaparecido también con rapidez<sup>59</sup>, de modo que “forse nemmeno nel I sec. è esistita una *recensio* unica dell’*E.*, da cui derivano i nostri mss.”<sup>60</sup>. Todo ello siempre que no pueda demostrarse la existencia de una edición posterior a la de Vario<sup>61</sup> y claramente reflejada en la tradición directa.

<sup>56</sup> Cf. *Itur*, 13 y 25.

<sup>57</sup> *Die Ovid- und Vergil-Revision in tiberischer Zeit, I: Prolegomena*, Berlín-Nueva York 1999, 12.

<sup>58</sup> Cf. Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 19, n. 35.

<sup>59</sup> Cf. Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 7, 145, Geymonat, “The transmission”, 297.

<sup>60</sup> Cf. L. Gamberale, “La documentazione extra codici”, en F. Della Corte (ed.), *Enciclopedia Virgiliana*, II, Roma 1985, 296–302 (s. v. “Eneide”), en 297. En principio, podría tratarse ya de un *codex*, pese a la aparente reticencia general de Timpanaro hacia este formato (*Virgilianisti antichi*, 7, 98, 104, n. 56), depositado temporalmente en una biblioteca de carácter oficial como la Palatina de Augusto y accesible a la transcripción, al igual que lo estarían seguramente *Buc.* y *Georg.* (en la mencionada y, cabe pensar, también en otras bibliotecas de la Urbe).

<sup>61</sup> La intervención de Vario (supuesta a partir de una posible interpolación en la *Vita* donatiana) ha llegado a considerarse como un simple ardid (Zwierlein, *Die Ovid- und Vergil-Revision*, 605), frente a la opinión más habitual y compartida.

Por otra parte, Velaza estima que los errores comunes de nuestros *vetustissimi* deben hacerse derivar del arquetipo propuesto<sup>62</sup>, no de la edición que le habría servido de base y que a veces se ha atribuido a Probo. Entiende que no hay argumentos suficientes para esta atribución<sup>63</sup>, aunque la sugiere en su esquema de p. 77 y también al considerar que la reunión de la obra virgiliana no se documenta antes del siglo II (p. 67) o que no tiene por qué haber sido anterior a Domiciano (p. 69, n. 226). No vemos el motivo para descartar que algunos de esos errores fueran previos a esa supuesta edición (por haberse originado ya en una temprana fase de transmisión, como tantas veces se ha sugerido para un buen número de variantes) y para excluir que continuaran reflejándose en ella.

En el intento de fijar un posible término *post quem*, Velaza expone sus dudas respecto a la labor de Vario<sup>64</sup>, apoyándose en dos argumentos para postular una edición posterior a la de éste: en que aparecen supuestos errores comunes también en el texto de *Buc.* y *Georg.* (*georg.* 4.148 y *ecl.* 4.62 según su selección de ejemplos) y —*e silentio*— en el hecho de que no consta que Vario se ocupase de dichas obras, las cuales —en consecuencia, según parece deducir— debieron de ser añadidas al corpus por otra persona, por delante de *Aen.* De la ausencia en los códices del episodio de Helena (*Aen.* 2.567-588), que considera espurio y añadido de *ante* 60, y del hecho de que Gelio (med. s. II d. C.) conozca un corpus virgiliano con la ordenación *Buc.* - *Georg.* - *Aen.* y no cite la *Appendix*, deduce Velaza la ya mencionada cronología para esa supuesta edición anónima (60-150 d. C.) En cualquier caso, cabe recordar que una autoría virgiliana del citado episodio no ha sido aún unánimemente descartada<sup>65</sup>, así como que la ordenación que Gelio refleja sólo es la que cabía esperar desde un punto de vista tan esencial como el meramente cronológico.

<sup>62</sup> *Itur*, 56.

<sup>63</sup> *Itur*, 73-4.

<sup>64</sup> *Itur*, 72-3.

<sup>65</sup> Cf. Geymonat, “La problematica”, 290; Gamberale, “La documentazione”, 296; Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 2, n. 2.

El carácter de la “edición” de Probo, ya propuesta en su día por Leo como posible clave de la transmisión virgiliana<sup>66</sup>, ha sido largamente discutido. La hipótesis de una edición propiamente dicha, con influjo en la transmisión del texto, ha recibido la desestimación de varios y diversos estudiosos, reacios a suponer —a juzgar por la ausencia total de testimonios en tal sentido— una edición de valor ejemplar, similar a la de los editores alejandrinos<sup>67</sup>. Personalmente, no nos parece improbable un tipo de intervención como el que suponía Timpanaro: una silva de cuestiones y comentarios, de cierta implicación textual<sup>68</sup>, pero sin difusión como écdosis. Es coherente con esta hipótesis el hecho de que el arquetipo supuesto por Velaza (y que se hallaría reflejado en nuestros códices tardoantiguos) no parezca estar provisto de influencias de Probo<sup>69</sup>, en lo que habría sido un tipo de texto de carácter “centrífugo” respecto al considerado como “Virgilio oficial” (y quizá esperable, por lo demás, tras la asepsia editorial supuestamente aplicada por Vario).

En general, las afirmaciones de Velaza contenidas en *Itur*, 70-1 no aseguran la intervención de un editor posterior a Vario en el

<sup>66</sup> Cf. por ejemplo Zwierlein, *Die Ovid- und Vergil-Revision*, 10-11, Velaza, *Itur*, 74, n. 243.

<sup>67</sup> Courtney, “The formation”, 24 (“some of the ideas of Probus had no effect on the Vergilian tradition”), y “The formation... again”, 189, Lehnus en la *Enciclopedia Virgiliana* (vol. IV, 1988, 285), según recuerda el propio Velaza en *Itur*, 48, n. 152, Geymonat, “codici”, 832, “La problematica”, 291, “The transmission”, 302, con buenos argumentos, o Timpanaro en *Virgilianisti antichi*, 2, 45, n. 81, tras el precedente de Scivoletto.

<sup>68</sup> Cf. Geymonat, “The transmission”, 301.

<sup>69</sup> Exceptuando el caso —que casi puede aducirse en defensa de la tesis contraria— del manuscrito P, con ese influjo (Courtney, “The formation”, 26, Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 46, n. 83, 55, 65, n. 109, frente a lo que ocurre con F: *ib.* 53); cf. por ejemplo Timpanaro, *ib.*, 51-2, a propósito de *Aen.* 10.539, con un *albis* sólo en P *a. c.*, seleccionado por Probo “clearly right” según Harrison, *Virgil*, Aeneid 10, 208; “an arbitrary conjecture” según Courtney, “The formation”, 25. En *Aen.* 8.46, *infusum* sólo se documenta en R y P *a. c.* (cf. Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 64; sobre el *floros* de *Aen.* 12.605, cf. *ib.* 77).

caso de Virgilio, y menos aún una intervención “decisiva” como la que se considera determinante en p. 56<sup>70</sup>.

Desde una perspectiva metodológica, Velaza sostiene que es habitual en la crítica la contraposición entre arquetipo y edición antigua (no coincidente con un códice según pp. 36, 56, frente a lo que entendemos habitualmente para una edición de tipo alejandrino), realidades que no se excluyen según p. 37, salvo “en la bibliografía”, “como radicalmente antagónicas”<sup>71</sup>. Al primer fenómeno, de hecho, dedica su capítulo III y al segundo el IV. No llegamos a comprender el pensamiento del autor en este punto de su argumentación: que un arquetipo dependa de una edición es posible (y nos atreveríamos a decir que incluso frecuente, y en el caso de Virgilio hasta probable, si nos remitimos a la “edición” de Vario y postulamos un arquetipo cualquiera), pero ello no implica, desde luego, la necesidad de postular siempre que tal “edición” haya existido.

La cuestión anterior se halla en estrecha relación con el tipo de transmisión y de recepción que determinó la copia de los códices tardoantiguos conservados, cuya colación detallada “has not led to the establishment of any precise relationships between them” y cuyo Virgilio pertenecería a un periodo de verdadera “recensión abierta”<sup>72</sup>. En nuestra opinión, las diferencias existentes entre ellos —ya en el plano codicológico— son tan notables que debe extremarse la prudencia al tratarlos en bloque: su tipología parece ser a veces enteramente diversa, y a veces su función (V, por ejemplo, frente al resto); sólo su cronología y origen —italiano en el caso de MPRF, según la opinión más extendida— son básicamente comunes<sup>73</sup>. Nos parece muy dudoso que puedan

<sup>70</sup> Nos parece inverosímil, en su conjunto, la tesis de Zwierlein, *Die Ovid- und Vergil-Revision*, referida a la supuesta labor editorial del poeta Julio Montano c. 20-25 d. C. (cf., en general, K. Galinsky en su reseña aparecida en *Gnomon* 74, 2002, 685-7, Horsfall, *A companion*, 330).

<sup>71</sup> Cf. *Itur*, 36-7. De “oposición radical” se habla en p. 55.

<sup>72</sup> Geymonat, “The transmission”, 304.

<sup>73</sup> Y, quizá, su procedencia “oficial” en última instancia, más que privada (palatina o no; cf. Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 18-9; a los “patrician

remitirse en su conjunto a una tradición “docta”, si se entiende “docta” como “erudita” (y no como sólo “escolar” o “cultura”, es decir, de carácter privado y, en general, poco trascendente en lo textual). El asunto ha sido tratado, y con argumentos sólidos, por Timpanaro<sup>74</sup>: errores de transcripción, amalgamas absurdas<sup>75</sup> y muy frecuentes lecciones triviales (o *faciliores*, del tipo *Androgei*, de MPR, en *Aen.* 6.20) sugieren con claridad, en nuestra opinión, esta consideración relativa. Por otra parte, no deja de ser contradictorio ese supuesto carácter “docto” con el hecho de ser ejemplares destinados “a la ostentación”, en cuanto “producción de tipo profesional”<sup>76</sup>. A ello ha de añadirse que “the ‘learned’ tradition of Virgil was by definition contaminated”<sup>77</sup>, pero las huellas de ese proceso de contaminación masiva no se observan en la materialidad de nuestros códices<sup>78</sup>. Quizá sean códices herederos de esa tradición, como la única destinada a perdurar a través de las bibliotecas más importantes o mejor protegidas, pero no miembros de ésta, como bien sugería Geymonat al contraponer, con mayor acierto terminológico, “tradizione nobile e colta” y “tradizione ‘dotta’”<sup>79</sup>.

---

palaces of Rome” apuntaba Geymonat, “The transmission”, 293, como hiciera en “codici”, 831; a un “pubblico aristocratico” se refería el mismo autor en 832).

<sup>74</sup> Cf. asimismo Horsfall, *Virgil*, Aeneid 7, XXIX.

<sup>75</sup> Cf. Velaza, *Itur*, 49, a propósito de P.

<sup>76</sup> Es el caso de F, según Velaza, *Itur*, 15.

<sup>77</sup> Geymonat, “The transmission”, 299, o, como ya lo exponía este mismo autor en “Interventi sui più antichi codici virgiliani: memoria di singoli manoscritti perduti o sintesi di precedenti edizioni critiche del testo?”, en M. Gigante (ed.), *La fortuna di Virgilio*, Nápoles 1986, 107-24, en p. 113: “Su ogni manoscritto dotto tendeva a ricomporsi in qualche modo tutto l’insieme della tradizione, con varianti, lapsus, reminiscenze di passi paralleli, congetture e ritocchi spesso ingenui, a volte sorprendentemente felici”.

<sup>78</sup> Cf. Velaza, *Itur*, 22 y 25. Alguna referencia al posible antígrafo de R se lee en Geymonat, “La problematica”, 293.

<sup>79</sup> “La problematica”, 293. Así se desprende también, por ejemplo, de la observación de Tarrant en una contribución que Velaza menciona (“L’éditition de la littérature latine classique”, en J. Hamesse [ed.], *Les problèmes posés par l’éditition critique des textes anciens et médiévaux*, Lovaina la Nueva, 1992, 1-56, en 12) y que cuestiona la integridad del supuesto arquetipo que

Nos parece, en fin, que estos códices siguen mereciendo atención, pero no sólo en lo referente a sus posibles faltas comunes. El texto que transmiten ofrece, en conjunto, una gran diversidad en la distribución de variantes, que quizá tampoco apunte, en nuestra opinión, hacia ese posible antígrafo común. Seguramente cabe todavía un mayor esfuerzo en la dilucidación de sus posibles relaciones mutuas, extensivo al estudio de los *antiquiores* no *antiquissimi*, como *m*<sup>80</sup> o *n*<sup>81</sup>, y, por supuesto —con carácter sistemático— de los medievales más importantes, algo desbrozados ya por Mynors (tan escéptico, por lo demás, respecto a la posibilidad práctica —*nec longum tempus*— o incluso utilidad de una indagación detallada, dada la existencia de contaminación: praef., pp. VIII, X<sup>82</sup>). Los estemas —incluso los aparentemente desahuciados— se construyen desde abajo, y su elaboración exige, en buen método, considerar de manera suficiente la totalidad de los testigos; una cosa es que parezcan imposibles y otra que no llegue a lograrse su establecimiento satisfactorio.

La bibliografía citada por Velaza no es exhaustiva, pero sí abundante y actualizada, y su uso nos parece, en general, correcto<sup>83</sup>. Al margen de las dudas que susciten algunas de las hipótesis del

---

configuran nuestros *vetustissimi*: “Si, toutefois, notre texte de Virgile se basait uniquement sur le manuscrit le plus complet et le plus soigné, le *codex mediceus* (Florence, Bibl. Laurenziana, ms. 39.1), il faudrait y apporter des corrections en plusieurs centaines d’endroits”.

<sup>80</sup> “De un modelo bastante antiguo” según Velaza, *Itur*, 19.

<sup>81</sup> Apógrafo de “un manuscrito en capital perdido” según Velaza, *Itur*, 20.

<sup>82</sup> En similares términos Reynolds, *Texts and transmission*, 435.

<sup>83</sup> Añadiríamos, por ejemplo, Petrucci en *EV* (vol. III, 1987, 964-5, s. v. “papiro”) a propósito de los papiros virgilianos (que, quizá por el escaso testimonio que suministran, no nos permiten ir más allá del texto que ofrecen nuestros códices tardoantiguos, como ya reconocía R. Marichal, “Quelques apports à la tradition ancienne du texte de Virgile”, *RÉL* 35, 1957, 81-4, en 83) o Delvigo y Lo Monaco a propósito de la adición de *Aen.* 3.204 (cf. M. L. Delvigo, “Verg., *Aen.* 3, 204 a-c (con un problema di lessico filologico antico)”, *RFIC* 117, 1989, 297-315, F. Lo Monaco, “A proposito di Verg. *Aen.* 3, 226”, *Aevum antiquum* 4, 1991, 265-77; ahora puede consultarse además Horsfall, *Virgil*, *Aeneid* 3, 176-8), dejando a un lado, naturalmente,

autor<sup>84</sup>, es grato contar con una contribución actualizada —y en español— sobre una cuestión tan compleja y debatida<sup>85</sup>.

la mucha bibliografía específica que habría requerido el entrar a discutir problemas textuales concretos.

<sup>84</sup> Al margen ya de las tesis esenciales, algunas afirmaciones de detalle que aparecen en el libro de Velaza son quizá discutibles: p. 10: es posible que el de Virgilio (con más de setecientos códices conservados, según p. 13, más de un millar según Geymonat, “The transmission”, 293) sea el “texto mejor documentado desde todos los puntos de vista de nuestra literatura pagana”, pero quizá sea superado por el del *Corpus Aristotelicum*; p. 14: el “códice” más antiguo de toda la literatura latina sigue siendo —que sepamos, y pese a tratarse de un testimonio diminuto— el fragmento del *De bellis Macedonicis* (*P. Oxy.* 30, c. 100 d. C.), y no el *Vat. Lat.* 3225 (F; cf. además Reynolds, *Texts and transmission*, 435, n. 14); p. 34: no nos parece muy verosímil que el signo de llamada reflejado al margen de *Aen.* 2.164 (QVE l) en el supuesto arquetipo de la tradición virgiliana pudiera encontrarse a continuación de la propia variante marginal, como se supone, frente a lo habitual (y natural) en códices antiguos; p. 69, n. 226: el “Livio” anunciado en Marcial XIV 190 no tenía por qué contenerse necesariamente en un solo códice (ni, por supuesto, incluir tan sólo las periocas: cf. T. J. Leary, *Martial, book XIV: the Apophoreta*, Londres 2002 (1996), 255-6), mientras que XIV 186 parece aludir, claramente, a un códice con la obra completa de Virgilio (cf. *ib.*, 251 y 256), una manufactura perfectamente posible —y a buen seguro frecuente— en la época.

<sup>85</sup> También en relación con esta sugerente obra, señalamos finalmente las pequeñas erratas o cuestiones formales —salvo distracción por nuestra parte— que nos han saltado a la vista, omitiendo los meros errores gráficos: p. 14: “debía estar”, por “debía de estar”; p. 18, n. 41: “rescrito”, por “rees-”; p. 18, n. 42: “reagentes”; p. 19: “contemporáneo a”, por “c. de”; p. 19, n. 50: “la *Gesta Regum Francorum*”; p. 30, n. 101: mejor ἐν θέσει; p. 33: exelente; p. 37: “prohiban”; p. 43: “*Aen.* I 179”, por “*Aen.* XI 179”; p. 53: “continuo”; mejor ἐν ὑπομνήματι; p. 57: Hígino; p. 90: “Hellen” (cf. Goold 1970), por “Helen”; p. 93: Lehnus 1987, por 1988 (asimismo en p. 74, n. 244), y vol. III por IV; p. 94: la recopilación *De l'écriture* de Mallon (cf. Mallon 1979) data de 1982, no de 1986; p. 106: “*Aen.* I 505: 53” y “*Aen.* III 204” parecen referencias erróneas (el segundo pasaje es tratado en p. 61, no en p. 66), y debería incluirse la correspondiente a *Aen.* 2.567-88, el episodio de Helena al que se alude, al menos, en pp. 63-4. En p. 18 se alude al proceso de “religado” y al “religar”; creemos cuenta con más tradición entre nosotros “encuadernación” o “cosido” (y “encuadernar”, como en p. 19); p. 44: “codificación” no parece un neologismo aceptable; y quizá sea preferible “mise en page” o “impaginación” que “paginación” (p. 48).

La historia textual de Virgilio es uno de los campos de investigación más complejos —y apasionantes— de la Filología Clásica, expuesto a todo tipo de predisposición<sup>86</sup> y en el que, a falta de nuevos datos, siempre resulta más fácil refutar o poner en duda que afirmar. En cualquier caso, adentrarse en él exige casi inevitablemente la propuesta de un modelo de explicación verosímil en su conjunto, aun cuando ello no evite la necesidad de intentar resolver los problemas caso a caso, a veces desde el mero *iudicium* y sin apenas apoyo en solución mecánica alguna. La tradición textual de Virgilio no está libre, a buen seguro, de corruptelas, aunque muchas de ellas hayan logrado mimetizarse con pleno éxito. No debería ser tratada como una excepción, como bien proponía recientemente Courtney<sup>87</sup>, ni se le debería dejar de aplicar el método común. Elementos adversos como la contaminación —fuente de desaliento, aun cuando es la validez relativa del propio método estemático la que, precisamente, permite detectar la existencia de este fenómeno— también se producen en otros casos en los que, sin embargo, se ha procedido a intentar algún tipo de clasificación; así, en el muy señalado de Horacio, cuya tradición manuscrita suele admitirse que deriva de dos recensiones antiguas. En tanto esa historia del texto se sigue dilucidando, de modo que nuestras hipótesis por deducción terminen por concordar con lo que los datos sugieren, el mero estudio de la fisonomía de las variantes —basado, a ser posible, en colaciones fiables y que atienda con cuidado a las posibles agrupaciones de éstas— nos sigue pareciendo uno de los ámbitos más objetivos y prácticos para el estudioso del texto, por ejemplo en la línea apuntada en su día por S. Mariotti<sup>88</sup>. El hecho de que en

<sup>86</sup> A veces incluso moral: cf. por ejemplo Horsfall, *Virgil*, Aeneid 7, XXVIII, a propósito de Gelio como “faker of learned material”, frente a Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, 8, n. 15.

<sup>87</sup> Cf. “The formation... again”, 189.

<sup>88</sup> “[...] quando due varianti entrambe soddisfacenti e adatte al contesto sono più vicine tra loro per la forma o la grafia che per il senso, esse non debbono in generale essere ritenute varianti d'autore” (“Ancora di varianti d'autore”, *Paideia* 5, 1950, 26; cf. últimamente Delvigo, “Verg., *Aen.* 3, 204 a-c”, 299, n. 1). Es criterio aplicable en principio, asimismo, a ciertas

el caso de Virgilio nos hallemos generalmente ante dos lecciones enfrentadas, de gran similitud gráfica y fónica<sup>89</sup>, y no más, como ilustra el expresivo testimonio de Mynors<sup>90</sup>, nos informa quizá sobre la transmisión del texto (con un nivel de intervención muy restringido, paradójicamente dentro del ámbito romano) más que cualquier hipótesis basada en la mera deducción y sin apoyo material. Ese análisis sistemático sigue estando en buena parte por hacerse<sup>91</sup>.

Nuestra reflexión final es de carácter casi teleológico. Según afirma Velaza<sup>92</sup>, no es probable que un estudio detenido de los pasajes tratados tuviera un reflejo notable en la *constitutio textus* de las obras virgilianas, sino que sólo contribuya al mejor conocimiento de su *Nachleben* y al estudio de su tradición cultural. Pobre y desesperanzador balance. El problema entronca, nos parece, con algo esencial en este tipo de materia, hábilmente aislado por Zetzel<sup>93</sup>. En realidad, el estudio pormenorizado de un texto suele conllevar una propuesta textual, a menudo divergente de otras anteriores<sup>94</sup>. O como asume Zetzel: “one

repeticiones, en la senda del *Vergilius ex Vergilio*; cf. por ejemplo P. Hardie, *Virgil*, Aeneid, Book IX, Cambridge 1994 (reimpr. 2000), 117, a diferencia de Mynors, a propósito de *Aen.* 9.236, *somno vinoque sepulti* [efv: soluti MP], frente a 9.189: *somno vinoque soluti*. El argumento es, en cualquier caso, siempre de doble filo (cf. Geymonat, “La problematica”, 288): cf. *Aen.* 10.486: *de corpore*, frente a la *variatio* limitada que plantean siempre los códices (cf. G. B. Conte, *JRS* 83, 1993, 208-12 [res. a Harrison, *Virgil*, Aeneid 10], en 210).

<sup>89</sup> Cf. Geymonat, “La problematica”, 294, “The transmission”, 298, n. 19.

<sup>90</sup> Cf. praef. p. X, recordado por Velaza, *Itur*, 22.

<sup>91</sup> Como nos limitábamos a apuntar en “La práctica de la *collatio* en la edición romana antigua”, *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos (Madrid, 23-28 de septiembre de 1991)*, II, Madrid 1994, 603-10.

<sup>92</sup> Cf. *Itur*, 79.

<sup>93</sup> En su útil reseña a Timpanaro, *Virgilianisti antichi*, publicada en *BMCR* (02/09/2002).

<sup>94</sup> Cf. por ejemplo Horsfall, *Virgil*, Aeneid 7, XXVII, respecto a su texto frente al fijado por Mynors.

also has to ask which word Virgil in fact wrote”, como hacía Timpanaro: “Timpanaro’s interest —and it is, quite clearly, the more important one for understanding Virgil— is whether these readings are *right*”. Y añadía a propósito del filólogo italiano una suerte de crítica: “he writes [...] internal history, not external history”, concluyendo que —de manera sorprendente a su juicio en un marxista militante, reacio en teoría a considerar la verdad como un valor objetivo— “Timpanaro was looking for truth”<sup>95</sup> y que “his ‘scientific’ bias gives inadequate weight to the social and cultural underpinnings of critical method”. Uno puede sentirse cerca o lejos del sentir político y científico de Timpanaro, pero la consideración final de Zetzl nos parece difícil de compartir: la fijación de un texto, incluso de una parte mínima de éste, es una forma extraordinaria —acertada o no en su resultado— de analizar la historia y la pervivencia de ese texto, y no se opone a este fin, sino que contribuye al mismo de manera determinante y casi necesaria; lo contrario no es tanto analizar la “historia del texto” como, quizá, incurrir en el vacuo e infructuoso timo conocido todavía hoy como “éloge de la variante”. No debe nunca renunciarse a intentar conocer lo que realmente pasó en las primeras fases del texto virgiliano (algo que nuevos documentos podrían seguir ayudando a determinar), pues es objetivo legítimo, aunque sea difícil en muchas ocasiones ir más allá de un prudente *non liquet*. También es legítimo el deseo de leer el Virgilio más próximo posible al original, de acuerdo con criterios filológicos (es decir, objetivos y científicos); y en este campo también puede y debe avanzarse.

ÁNGEL ESCOBAR  
Universidad de Zaragoza  
aescobar@unizar.es

<sup>95</sup> En coincidencia, por ejemplo, con el reciente juicio de Kenney en *CR* 57, 2007, 241.

